

integracionismo como estrategia para hacer de América una respetable “nación de repúblicas”, y muestran el profundo conocimiento que del continente, su historia y desarrollo tenía Bolívar, pues en algunas hace acertados diagnósticos sobre diferentes aspectos de la vida americana, como en una que firmó como El Americano y que es una vívida descripción y análisis de la plural realidad étnica latinoamericana.

Además de cartas, el Libertador dictó proclamas (la primera data del 5 de julio de 1811 y se la conoce como la declaración de Independencia de Venezuela; la última, junto con su testamento, fue dictada el 10 de diciembre de 1830, siete días antes de su muerte; la más famosa fue la de Guerra a Muerte del 15 de junio de 1813, y se destaca la del 17 de abril de 1821, con la que rompió el armisticio firmado con Morillo y dio inicio a la “guerra santa”), manifiestos (el primero que se conoce es el de Cartagena del 15 de diciembre de 1812), discursos (el primero lo pronunció el 4 de julio de 1811 en la Sociedad Patriótica de Caracas; se destaca el del 15 de febrero de 1819, con el que instaló el Congreso de Angostura) y Constituciones. También son famosos sus sueños, lucubraciones y predicciones (una de las más conocidas fue la que pronunció el 4 de julio de 1817, en la laguna de Casacoima, con el agua al cuello, escondido para escapar a una emboscada realista, en la que predijo lo que haría desde la conquista de Angostura hasta la liberación del Perú), delirios (como el del 13 de octubre de 1822, conocido como del Chimborazo, o el de Pativilca a principios de 1824). En total son unos ocho mil documentos firmados por Bolívar. La mayoría de ellos fueron recopilados por Vicente Lecuna en *Obras completas de Simón Bolívar*, texto que sirvió de base al trabajo adelantado por Arizmendi y Gómez. Aunque el Libertador en sus últimos años de vida quiso escribir sus memorias, nunca lo hizo, pues consideraba que “no hay nada más peligroso que la memoria escrita” y que “ésas son vainas de los muertos”.

El libro *Así pensaba Bolívar* tiene “como propósito principal elaborar una obra que permita conocer mejor al Libertador a través de este autorretrato moral” (Arizmendi y Gómez, pág. 13) con lo que los autores vuelven a “encasillar” a Bolívar y tratan de restablecer el hombre mito (o mejor el mito bolivariano, fundamento de la identidad nacional de Colombia y Venezuela) que quince años antes Gabriel García Márquez, en su obra *El general en su laberinto*, había tratado de humanizar, presentando al Libertador, también conocido como Longanizo, El Zambo y Culo de Fierro, como un ser amante del canto, el baile, el juego de tresillo y las mujeres, de un habla gruesa, aquejado de presbicia, pesadillas, estreñimiento, insomnio, delirios y tisis, pero que logró llevar a cabo la más grande gesta independentista, ser comparado con Aníbal y Bonaparte, y formular, con toda claridad y luminosidad, la unificación del gobierno de América como la única manera de contrarrestar los evidentes embates colonialistas de los enemigos. Las 1.300 citas relacionadas por Arizmendi y compañía conllevan un problema: si bien indican la fuente y la fecha, no tienen una adecuada contextualización histórica, lo que desvirtúa la pertinencia o no de su contenido.

JOSÉ EDUARDO
RUEDA ENCISO

Lamentable

Historia de Barranquilla

Jorge Villalón Donoso (compilador)
Ediciones Uninorte, Barranquilla,
2000, 289 págs., il.

En una clase inaugural, Hobsbawm advertía que “el pasado da un fondo más glorioso a un presente que no tiene mucho que mostrar por sí mismo. Recuerdo haber visto en alguna parte un estudio de la antigua

civilización de las ciudades del valle del Indo con el título *Cinco mil años de Pakistán*. Pakistán no había sido imaginado antes de 1932-33, cuando algunos estudiantes militantes inventaron el nombre”¹. En consecuencia, escribe el historiador británico, “los historiadores encuentran que se les otorga el inesperado papel de actores políticos”². Es casi natural que cuando no existe un departamento de historia, institucionalmente bien desarrollado ni una comunidad de historiadores respaldados por una carrera de historia, de vez en cuando se invoquen los viejos mitos fundadores de ciertas regiones del país.



Vale la pena tener presentes las críticas de Hobsbawm al leer la Introducción a la compilación del libro *Historia de Barranquilla*, presentada por el profesor Jorge Villalón, quien recoge, estrictamente, los escritos de sus colegas del Departamento de Historia de la Universidad del Norte. Inicia con un largo “recuento de los principales esfuerzos que se han realizado para conocer el pasado histórico de Barranquilla” y viene acompañada de un extenso

epígrafe del "Sagrado Corazón" barranquillero: Ramón Vinyes, Julio H. Palacio, Álvaro Cepeda Samudio, Alfonso Fuenmayor y Gabriel García Márquez, entre otros; dichos personajes, de obligatoria cita y recordación, señalaron en diversas circunstancias y con diferentes propósitos, quizá literarios, que Barranquilla no tiene historia. El profesor Villalón polemiza con estos importantes escritores y titula su recuento "Barranquilla y sus historiadores".



Según el compilador, el primer historiador de Barranquilla fue don Gonzalo Fernández de Oviedo, quien en 1533 acompañó a don Pedro de Heredia "por Tierradentro, que era el nombre de lo que hoy es el departamento del Atlántico". El profesor Villalón considera importante esta observación, porque la tropa de Heredia llegó a *un atracadero de canoas* "donde todo indica³ que se trataba del lugar donde posteriormente surgió el caserío a orillas de la ciénaga y del río llamado Barrancas de San Nicolás"; es decir, Barranquilla. Al profesor Villalón le resulta "tan diciente" este instante

del encuentro entre la tropa de Heredia y los indígenas que cita a Oviedo: "Llegó a dormir en la costa del río Grande: no halló allí pueblo sino un varadero de canoas, y *estaban allí unos indios mercaderes* de la gobernación de Sancta Marta, *que tenían dos canoas llenas de camarones secos que traían por mercadería, e iban á aquel río Grande á tractar con aquella mercadería, é con sal é otras cosas*"⁴.

Luego sigue la conclusión del profesor Villalón que reproduzco porque "es tan diciente" de ser un acto de manipulación histórica y de anacronismo: "Esta imagen que ofreció Barranquilla al cronista español es una constante histórica que se va a repetir en los siglos posteriores, en la cual se confirma que la ciudad siempre ha sido vista, en primer lugar, como un centro de comercio y un cruce de vías en contacto con el mundo". Tal acto de extraordinaria imaginación histórica del profesor Villalón bien podrían retomarlo los esmeralderos del actual municipio boyacense de Muzo⁵ y señalar que la "imagen que ofreció [Muzo] al cronista español es una constante histórica que se va a repetir en los siglos posteriores, en la cual se confirma que la ciudad siempre ha sido vista, en primer lugar, como un centro de comercio y un cruce de vías en contacto con el mundo". También, los comerciantes de Mai-cao podrían decirle a la DIAN que el comercio de los guajiros con los contrabandistas ingleses, holandeses y franceses en la Alta Guajira "es una constante histórica que se va a repetir en los siglos posteriores, en la cual se confirma que la ciudad siempre ha sido vista, en primer lugar, como un centro de comercio y un cruce de vías en contacto con el mundo". De igual manera, al profesor le asombra el que haya existido un activo comercio precolombino en el Caribe, de sal en los alrededores de Ciénaga⁶, en el suroccidente de Colombia en los hombros de los indios acémilas, o los caminos de la sal en la región andina⁷.

El profesor Villalón señala que la "población" que encontraron los es-

pañoles "presentan todas las características de los caribes, *de manera especial la utilización de las canoas*"⁸; pero las canoas también las usaban en el lago Titicaca. Otra cosa es que la palabra sea de origen caribe.



Es importante hacer esfuerzos para comprender ese momento de ruptura y creación que fue el siglo XVI, en la formación de una economía de saqueo de las comunidades indígenas del Caribe colombiano⁹ e insular¹⁰, pero no para hacer falsas proyecciones teleológicas o atender a intereses ajenos a la historia.

El otro mito o frustración histórica que el compilador nos repite es acerca de cuál ciudad debió de ser la capital del país. Escribe el profesor Villalón que "el hecho de que Cartagena contara con una bahía natural y segura *determinó* su supremacía durante *todo* el período colonial", y más aún que el canal del Dique "fue la vía de comunicación entre *España y Bogotá*"¹¹. Entonces, ¿cuál era la vía entre "España" y Tamalameque y Mompós?

Hubiese sido útil que el profesor Villalón leyera los ensayos del historiador de economía colonial Sempat Assadouriam, en donde el

autor muestra cómo se construyó el espacio colonial peruano¹². No fue éste producto de ningún determinismo geográfico¹³. En todo caso, el profesor Villalón escribe con tristeza que “el Atracadero de Canoas¹⁴ que visitó Heredia y que divisaron los marinos de Jiménez de Quesada, se mantuvo durante largo tiempo a la sombra de la historia”. ¡De lo que se perdió Jiménez de Quesada al subir a los fríos Andes a fundar a Santafé de Bogotá!, pareciese decir el compilador.

Después de estos breves párrafos acerca de la repetida y poco estudiada vocación comercial de Barranquilla se inicia un *tour* por los historiadores de Barranquilla: Juan José Nieto; el abogado Domingo Malabet, quien estudia los orígenes de Barranquilla; los editores Antonio Martínez Aparicio y Rafael Nieto, quienes publicaron un directorio de la ciudad; Manuel Calderón y su libro *La fundación de Barranquilla*, publicado en 1922; Enrique Otero D'Acosta, quien publicó un trabajo donde “plantea interesantes inquietudes sobre los orígenes de Barranquilla”; Miguel Goenaga; el periodista Palacio, cuyos “recuerdos —dice Villalón—, aunque dispersos, constituyen un pedazo de la historia de Barranquilla”; también el famoso Grupo de Barranquilla tiene que ver con la historia de la ciudad: “Macondo a veces parece ser Barranquilla”¹⁵. Bueno, hasta aquí los lectores estarán de acuerdo en que no ha aparecido *Barranquilla y sus historiadores*.

Otro autor es Claudio Ropaín, quien diserta sobre las terminaciones *illa, ita*. Al respecto, escribe Ropaín que “Barranquilla no puede ser la barranca bajita o pequeña, porque se la hubiera llamado ‘barranquita’. La terminación ‘illa’ se refiere a algo especial, y por lo tanto Barranquilla es la barranca que tenía algo de especial”.

Otro mito que el profesor Villalón quiere legitimar se refiere a la *antigüedad* de Barranquilla. En su recuento citó al distinguido arqueólogo fallecido Carlos Angulo Valdés y su *Tradición Malambo*, y nos dice, pre-

ocupado, que “en Barranquilla aún no se ha tomado cabal conciencia de que su historia no comienza con la llegada de los españoles, sino que se remonta a los cazadores-recolectores antiguos desde hace aproximadamente 10.000 años”.

Luego, en una segunda etapa de las reflexiones sobre *Currumba y sus historiadores*, aparece el geógrafo José Agustín Blanco¹⁶; pero con el venerable maestro sucede en Barranquilla lo mismo que pasara en el país con José Manuel Restrepo cuando no había nadie más a quien citar. Alexander Vega, quien escribe uno de los nueve ensayos del libro, titulado *Los orígenes de Barranquilla*, dice, apoyado en Blanco, que el pueblo de indios de Camacho fue establecido “siglos antes del nacimiento de Jesucristo” en el perímetro de la actual Barranquilla (pág. 96). ¿Será que Barranquilla es más antigua que Pakistán? En el ensayo del arqueólogo de la Universidad de Siena (Italia) Giancarlo Macci Jánica, subyace la misma preocupación por la antigüedad de Barranquilla y sus orígenes. Macci escribe sobre la importancia de la arqueología histórica, puesto “que las investigaciones arqueológicas en nuestra ciudad representan un deber o requisito para la conquista de su ‘verdad histórica’”. ¿Cuál verdad histórica?, ¿que sus orígenes se remontan aproximadamente a 10.000 años? En su ensayo, Macci continúa afirmando que “el problema arqueológico de Barranquilla parece de una complejidad sin precedentes en el panorama arqueológico nacional” y señala que su proyecto de arqueología histórica urbana “representa una ruptura del esquema tradicional de la arqueología en nuestro contexto nacional”. Hay que recordarle a Giancarlo Macci que hace mucho tiempo otros investigadores, desde la “academia bogotana”¹⁷, como Mónica Therrien, ya hicieron la ruptura.

Otra preocupación local está representada en el “Esbozo de una etnología sobre el modo de ser costeño” del profesor Jesús Ferro Bayona. En verdad, el “Esbozo” de Ferro Bayona, escrito con afecto hacia los hombres y las mujeres del

Caribe, hace veintiún años fueron unas *palabras* que éste pronunció en su calidad de rector en el *Foro sobre el modo de ser costeño*. Creo que hace más de treinta años, cuando Jaime Jaramillo escribió sus ensayos de historia social, señaló cuáles eran las preocupaciones de la historiografía universitaria, como el mestizaje y la diferenciación social, la esclavitud y los problemas socioculturales de la nación. Actualmente, hay un diálogo muy interesante entre psicoanalistas e historiadores y ya existen varios trabajos al respecto que dedican una mirada más profunda al héroe, el caudillo, el político, la muchedumbre y los comportamientos colectivos¹⁸.



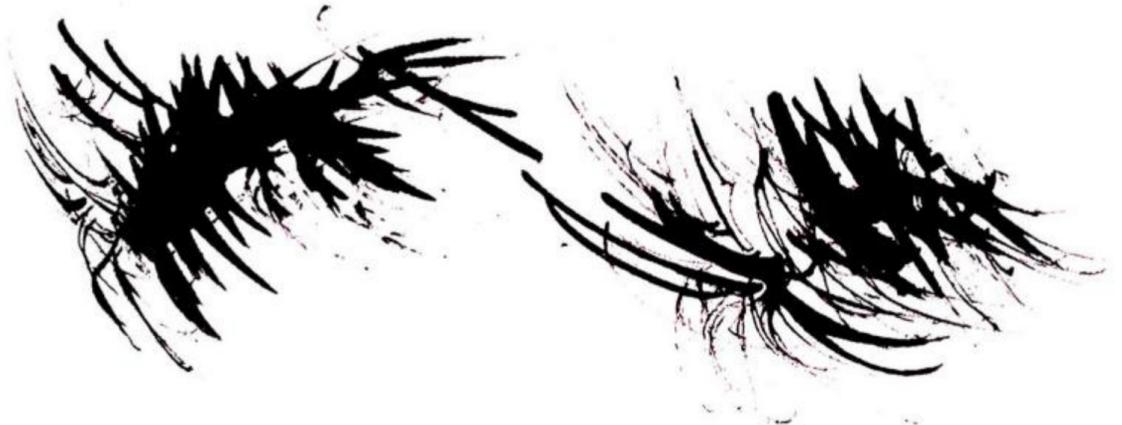
Según el compilador, en Barranquilla el interés por la historia surgió desde diferentes ámbitos. En este sentido, “sobresale la figura” del político serpista Arturo Sarabia Better “quien desde la presidencia ejecutiva de la Cámara de Comercio agrupó varios profesionales e intelectuales que se dedicaron a reflexionar sobre la ciudad...”. Se acostumbra dar los agradecimientos al comienzo del texto, pero es curioso

que el compilador integre sus agradecimientos al texto mismo y presente a sus jefes, etc., como forjadores de una cultura histórica local. Así que encontramos, en la larga lista de *Barranquilla y sus historiadores*, los nombres de los jefes de los departamentos de la Universidad del Norte y del Atlántico; el de El Cronista, de Barranquilla; el del director del área cultural del Banco de la República; el de un "hombre de radio conocido en el ambiente de los deportes" barranquilleros; los de los hermanos José del Carmen y Alberto Sierra, por sus dibujos publicados en el *Diario del Caribe* "referidos a la historia de Barranquilla", y el nombre de un ex gobernador del Atlántico. También da las gracias a la Tertulia de El Heraldo y a su director y a los miembros de los comités que "impulsaron" tal o cual evento, a los editoriales de la prensa local, etcétera.

En verdad, la historia dejó de ser una preocupación de las señoras de Barranquilla y se convirtió en una disciplina seria y rigurosa cuando se firmó un convenio entre la Universidad Nacional de Colombia (sede Bogotá) y la Universidad del Atlántico, el cual permitió la cualificación profesional de muchos jóvenes prometedores. Eso sí sobresale en la creación de una cultura histórica regional.

Los ensayos que componen la compilación pretenden dar una visión desde la *antigüedad barranquillera* hasta el presente. Así, encontramos el ensayo de Giancarlo Jacci; otro titulado "Sociedad y política en Barranquilla durante el período federal (1857-1886)" de Alberto Wong Hiu, que "reúne informaciones y datos dispersos sobre el pasado" de Barranquilla; luego, el artículo del ex secretario departamental de educación, Juan Guillermo Restrepo, quien, por supuesto escribe sobre "Educación y desarrollo en Barranquilla a finales del siglo XIX"; el de Éver González Chamorro titulado "Barranquilla 1920-1930: expansión urbana", y que está dedicado al desarrollo de la estructura física de la ciudad. Lo común de estos tres ensayos es que no existe una problema-

tización de la información, una preocupación teórica desde la historia urbana¹⁹, un análisis comparativo desde la modernidad política²⁰ o desde la cultura urbana²¹; no obstante, el mejor ensayo de la compilación es el del profesor Chamorro, el cual nos da una visión del desarrollo físico en los años veinte, es decir, en la época de oro del puerto barranquillero. Hubiese sido útil unir este tema a las preocupaciones de la elite por la higienización de los barrios obreros y de la vida burguesa²². Simplemente, los autores insisten en mostrar el progreso ascendente alcanzado por la ciudad entre finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX.



El artículo de Adolfo Meisel Roca, titulado "Evolución de la industria manufacturera de Barranquilla (1953-1988)" merece comentarios aparte por su buena calidad. En el último ensayo, escrito por Jorge Villalón y por el arquitecto Carlos Bell Lemus, titulado "El período del Frente Nacional y la crisis de los años sesenta (1957-58-1974-75)", los autores reconocen que éste no es un "estudio histórico propiamente como tal" sino más bien un "acercamiento" sociológico. "Barranquilla, una ciudad colombiana al ritmo del mundo" (pág. 251) es la primera afirmación "sociológica" del ensayo. Luego los autores nos introducen a un nuevo mito al escribir que: "Durante los tiempos de la Colonia, Barranquilla estuvo al margen de la estructura estamentaria de la sociedad colonial española, y fue desde sus orígenes fundamentalmente un sitio de libres, que acogió a los mestizos, criollos y extranjeros, exclu-

dos de las sociedades aristocráticas de Santa Marta y Cartagena"²³. Esto explicaría por qué Barranquilla sigue "fiel a su tradición de ciudad abierta y acogedora, como una ventana de Colombia"²⁴.

¡Qué relación tan perfecta pasado y presente! Es claro que los autores no tienen claro qué era un *sitio de libres* en el período colonial al contraponer este término al de sociedades "aristocráticas". Libres, ¿con respecto a qué? Sitio de libres habían muchos en la costa colombiana. Es un lugar común afirmar la enorme presencia de los mestizos en la sociedad colonial. ¿Será que todos eran "acogidos" en Barranquilla? No es cierto que el sitio de li-

bres de Barranquilla estaba "al margen de la estructura estamentaria" colonial. Los mestizos "eran una anomalía en la historia colonial"²⁵ por su origen ilegítimo. Incluso en el sitio de "libres" de Barranquilla.

Los "orígenes" de Barranquilla, es decir su fundación como la de El Banco y muchos lugares de la costa, como lo han dicho muchos investigadores (Gilma Mora, Pilar Moreno de Ángel, Marta Herrera, Jorge Conde), obedeció a las grandes políticas borbónicas del siglo XVIII y a sus intereses fiscales, políticos y religiosos y punto.

Soy partícipe de los deseos de los autores de estudiar al Caribe colombiano con las herramientas teóricas de las ciencias sociales, pero no más. Entonces, ¿por qué no dejar todas las afirmaciones y mitos para las guías turísticas y las campañas cívicas? Me satisface ver cada vez más publicaciones de la costa sobre diversos aspectos de su realidad, como

las emprendidas por la maestría en historia de la Universidad Nacional, en el programa de antropología de la Universidad de los Andes y en el Centro de Investigaciones Económicas del Caribe Colombiano del Banco de la República y del Observatorio del Caribe de Cartagena. De ahí, que sea lamentable la calidad de la presente publicación. No queda sino felicitar a los editores por la hermosa edición que nos regalaron de un libro, que está por escribirse, de historia de Barranquilla.

VLADIMIR DAZA VILLAR

1. Eric Hobsbawm, "La historia, de nuevo, amenazada", en *El Viejo Topo*, febrero de 1994, pág. 77.
2. *Ibid.*, pág. 78.
3. ¿Por qué "todo indica" que la tropa de Heredia llegó a "Barranquilla"?
4. Puse en bastardillas aquellas frases que impresionaron al profesor.
5. Sobre los indios muzos: Luis Enrique Rodríguez, *Encomienda y vida diaria entre los indios de Muzo, 1550-1620*, Bogotá, Instituto de Cultura Hispánica, 1995.
6. Carl Henrik Langebaek, "Algunos aspectos de la economía tairona en el litoral adyacente a Ciénaga (Magdalena)", en *Maguare*, Bogotá, Departamento de Antropología, Universidad Nacional, vol. 5, núm. 5, 1987, pág. 65.
7. Leonor Herrera, Marianne Cardale de Schrimppff (compiladoras), *Caminos precolombinos. Las vías, los ingenieros y los viajeros*, Bogotá, Icanh, 2000. Véase artículo de Ana María Groot.
8. El subrayado es mío.
9. Hermes Tovar Pinzón, *La estación del miedo o la desolación dispersa. El Caribe colombiano en el siglo XVI*, Bogotá, Ariel Historia, 1997; del mismo autor, *Relaciones y visitas a los Andes. Siglo XVI. Región del Caribe*, Bogotá, Instituto de Cultura Hispánica, t. II, s. f.
10. David Watts, *Las Indias Occidentales. Modalidades de desarrollo, cultura y cambio medioambiental desde 1492*, Madrid, 1992.
11. El subrayado es mío.
12. Carlos Sempat Assadouriam, *El sistema de la economía colonial. El mercado interior. Regiones y espacio económico*, México, Editorial Nueva Imagen, 1983.
13. En 1988 Germán Colmenares le hizo esa misma crítica al historiador francés Thomas Gómez, al referirse a la Nueva Granada.
14. ¡¡Con mayúsculas!! Se refiere a "Barranquilla".

15. Los riohacheros dicen que se parece a Riohacha.
16. La gobernación del Atlántico recogió sus trabajos en 1994 bajo el título *Atlántico y Barranquilla en la época colonial*.
17. El término lo inventó Villalón para referirse a una investigación del historiador Mauricio Archila, de la Universidad Nacional.
18. Mario Bernardo Figueroa Muñoz, Pío Eduardo Sanmiguel A. (compiladores), *¿Mestizo yo? Diferencia, identidad e inconsciente*. Jornadas sobre mestizaje y cultura en Colombia, Bogotá, Universidad Nacional, Grupo de Psicoanálisis, 1.ª ed., 2000.



19. Véase por ejemplo, Germán Rodrigo Mejía Pavony, *Los años del cambio. Historia urbana de Bogotá, 1820-1910*, Bogotá, Universidad Javeriana, Icanh, 2.ª ed., 2000.
20. César Augusto Ayala Diago, "Popayán: dos décadas de historia política", en *Anuario. Historia regional y de las fronteras*, Bucaramanga, Universidad Industrial de Santander, 2000, págs. 13-48.
21. Andrew Hunter Whiteford, *Popayán y Querétaro. Comparación de sus clases sociales*, Bogotá, Universidad Nacional, 1963; Fernando Uricoechea, "Resabios tribales y cosmopolitismo periférico: Bogotá y Cartagena en 1900", en *Revista Colombiana de Sociología*, Bogotá, Universidad Nacional, vol. 1, núm. 1, enero-junio, 1990, págs. 89-100.
22. Carlos Ernesto Noguera, "La higiene como política", en *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, Bogotá, núm. 25, 1998, págs. 188-215.

23. Véase pág. 265.
24. Véase pág. 252.
25. Guiomar Dueñas, "El mestizaje en la transición de la Colonia a República", en *¿Mestizo yo?...*

Al árbol le conviene una poda

Grandes insurrecciones. Colombia prehispanica, conquista y colonia

Rafael Mauricio Méndez Bernal
Intermedio Editores, Bogotá, 2000,
359 págs.

El breve escrito de Michel Foucault "¿Es inútil sublevarse?" apareció originalmente en *Le Monde* del 11 de mayo de 1979. Las sublevaciones pertenecen a la historia pero, en cierto modo, se le escapan, observa el autor. Mayo 68 es un buen ejemplo, como chispas incendiando la pradera, en París, en Berlín, en Chicago, en California, en Praga y en México, la tarde y la otra Noche Triste de Tlatelolco; también la chispa prende en la plaza de Tiananmen, en China, veinte años después; el fulgor del acontecimiento pareciera encandilar los espíritus, aplazándoles una y otra vez el acceso al ser del acontecimiento. ¿Qué pasó? Un turbión, y pareciera querer anidar provisoriamente en otra parte que en la historia, como por debajo de ella, o atravesándola, ocurriendo en una "nube no-histórica", como sugiere Nietzsche. He aquí como lo pone Juan Friede en el prólogo a la segunda edición de *Los quimbayas* (1977): "La lucha de los indios contra la invasión de sus tierras fue mucho más pertinaz y trascendental de la que nos presentan los cronistas, quienes se ocuparon preferentemente con la historia 'blanca' de América. La tenaz defensa de que hicieron gala los quimbayas ante la ocupación de sus tierras, constatada documentalmente, no encontró prácticamente resonancia en las crónicas coloniales".

Por su parte, en el prólogo al libro, Méndez Bernal anota: "La búsqueda de una nacionalidad, el